

TRASTIENDA

EL TÓPICO DE LA SEMANA | PILAR CAMBRA

Los ambientadores

Pues sí: olfateen ustedes y comprobarán cómo, en todo grupo humano –y laboral, por supuesto–, hay quien va esparciendo el aroma a *ozonopino* del optimismo y quien, por el contrario, envenena el ambiente con la peste de la envidia o el rencor.

En las infinitas listas que circulan sobre las cualidades y características del liderazgo figuran, naturalmente, las habilidades del líder para contagiar, para transmitir elementos inmateriales que hacen florecer el buen trabajo cual orquídea en la jungla y, sin los cuales, ese mismo trabajo se mustia como una planta sin riego... El entusiasmo, el espíritu de superación, el prurito de mantener fresca la capacidad de iniciativa se incluyen, casi siempre, en esas listas. Y me parece de perlas porque es indiscutible que, o el líder es como un buen virus que inculca esos rasgos en las personas que trabajan con él y para él, o el líder va de ala y cuesta abajo hacia los puestos inferiores del organigrama...

Hay, sin embargo, una peculiaridad de los líderes que no veo citada casi nunca –por no decir jamás– en esos vademécum sobre liderazgo... Y ello es el innato don de crear ambiente... Vamos a ver: siendo todos los currantes –como lo somos– completa y totalmente prescindibles, sustituibles, carne de cañón y destinados al olvido así que pasemos al estado de *jubilatas*, mi experiencia –y creo que también la suya– me dice que hay personas cuyo hueco, cuya ausencia transitoria se nota mucho más que los de otras. “¿Qué le pasa a fulanito?”, “¿dónde está menganita?”, se pregunta en voz alta en la oficina sobre estas peculiares personas, las que yo llamo “ambientadores”, mientras que, otras, pueden perderse en el desierto del Gobi durante meses y meses sin que nadie se interese por su paradero...

Y es que, en estos “ambientadores”, todo es difusivo: el modo de trabajar y de comportarse, el humor, el hecho de que hablen o callen... Si tiene un buen día, el *ambientador* consigue que el trabajo parezca más grato y, el trato entre todos, más cordial. Si, por el contrario, el *ambientador* se ha levantado con jaqueca, con preocupaciones, y permanece callado y taciturno, la atmósfera se adensa y se hace más gris y opresiva...

Esa capacidad de dar tono y color a un espacio amplio de trabajo es, en mi opinión, algo que no puede enseñarse ni aprenderse: se nace con ella, como se viene a la vida rubio o moreno, alto o bajito, peludo o lampiño... Hay, por tanto, quien es cerrado como una ostra y quien, por don del cielo, es abierto como un horizonte... ¡Hombre!: no está mal –al contrario: es bien aconsejable– que el introvertido, el tímido, el sieso traten de adquirir eso que se han dado en llamar *habilidades sociales*, rasgos de carácter que hagan más amena la convivencia con ellos... Pero, por favor, isin tratar de forzar la máquina!... Porque pocas cosas hay más penosas y ridículas que el “gracioso a la fuerza”, el

simpático por obligación o *el ambientador por oficio*... El resultado de tratar de falsear la propia personalidad es un espectáculo tan triste como el de un *guiri* intentando bailar sevillanas...

Como es lógico, los *ambientadores* más valiosos, aquellos con los que da gusto trabajar, son, precisamente, los que no van de *ambientadores*. En la mayoría de los casos, ni siquiera saben que lo son y, cuando se les sugiere que poseen ese don, se resisten a admitirlo: “Yo soy como todos, como



tú... El buen o mal humor de cada uno de nosotros es el que acaba creando el buen o mal rollito que disfrutamos o sufrimos”...

Pero no es verdad: cuando el *ambientador* nato está ausente, parece como si a todos nos costase más, nos resultase más penoso tirar del carro del trabajo común... Y, en cambio, la presencia del *ambientador* consigue hacer más fácil lo difícil y más posible lo imposible. Cosas que pasan, oigan...